

«Las naciones rivales de España (es decir todas las grandes) se las han arreglado para inventar eso de Latinoamérica, so pretexto de que en Haití se habla francés». Mas recientemente, el intelectual y político venezolano, Rafael Caldera, incide en el mismo error al afirmar en 1975 en sus *Reflexiones de la Rábida*: «América Latina es un nombre que se fue imponiendo por sí solo en las reuniones hemisféricas, a través de la presencia —amable por el alma de su pueblo, lacerante por el peso de sus sufrimientos— de la nación haitiana».

Pero nadie pensó en Haití cuando se acuñó el término y cuando desde París se difundió e impuso en todo el mundo. Las preocupaciones entonces eran otras.

El término Latinoamérica, al igual que ocurrió con otros nombres con que se bautizó al nuevo continente o una parte de él originó y sigue originando rechazos y polémicas, especialmente en España donde se lo ve como una negación de su obra en América. Así, Valera consideraba que los que se «llaman latinos desprecian la sangre que corre por sus venas, lo que une a estos pueblos no es lo latino, sino lo hispánico». Menéndez Pidal, en carta dirigida a *El Sol* el 4 de enero de 1918 abogó por que se desterrara de la prensa la expresión América Latina. El académico Mariano de Cavia se pronunciaba en el mismo sentido en carta que al día siguiente también dirigió a *El Sol*. Menéndez Pelayo, por su parte, en un artículo, aparecido en la revista *Inter-América* en abril de 1918, consideraba impropia e inadmisibles la denominación de América Latina. Giménez Caballero tronaba: «Lo primero que tenemos que atacar es lo de iberoamericano y latinoamericano». Suárez Gaona todavía en el año 1971 afirmaba que el concepto de América Latina es uno de los grandes mitos de la historia contemporánea. Mito en lo político, en lo social y en lo económico. Para él es «un producto histórico, cultural, alimentado por modas culturales, intelectuales y caprichos políticos: es un colchón en el que los “hombres públicos” de este continente pueden caer sin riesgo de sufrir un percance, o comprometerse de manera concreta». Las citas de esta misma tendencia podrían multiplicarse. He espigado algunas de las personalidades que he considerado más significativas.

En general puede decirse que en España la universal adopción de este vocablo se estima que es fruto de las campañas y maniobras de Francia para desplazar o enmascarar, bajo el común denominador latino, el esencial factor hispánico en América. Expresa este pensamiento, mejor podríamos decir sentimiento, Luis Marañón en su obra *Cultura española y América hispana* en la que arremete contra «el quimérico e imperialista grito de una absurda latinidad propiciada por Francia. En realidad, so capa de un brillante tercermundismo, el país vecino pretende reemplazar la raíz

española que desde hace siglos está hincada firmemente al sur del Río Grande».

Pero es preciso reconocer que hoy el vocablo Latinoamérica o la expresión América Latina, gústenos o no, se ha asentado ya en el lenguaje común y en el del mundo internacional y de los organismos multilaterales, de donde será inútil intentar expulsarlo. Así aparece ya consagrado en los siguientes organismos: CEPAL (Comisión Económica para América Latina, de las Naciones Unidas); ALADI (Asociación Latinoamericana de Integración); ALALC (Asociación Latinoamericana de Libre Comercio); SELA (Sistema Económico Latinoamericano); FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales); OLADE (Organización Latinoamericana de Energía); OPANAL (Organismo para la proscripción de armas nucleares en América Latina); GRULA (Grupo de América Latina), que es un grupo regional en el seno de las Naciones Unidas.

## Indoamérica

Con este nombre trataron de bautizar nuevamente, esta vez los indigenistas, a la antigua América Española. Es el reflejo, por una parte, de una interpretación del ser y de la cultura americanas, basada en lo indio, a lo que concede primacía absoluta sobre todo lo demás. Esta interpretación sobrevalora las culturas precolombinas y comparte en cierto modo —como señala Jaime Delgado en su *Introducción a la Historia de América*— la idea de la decadencia de Europa tan divulgada, sobre todo, a partir de la obra de Spengler *La Decadencia de Occidente*.

La corriente indigenista está también vinculada al antiespañolismo de la primera Hispanoamérica, fruto de las cruentas guerras de emancipación. Remontándonos más en la historia pueden encontrarse las raíces de este indigenismo antiespañol en el recuerdo de las crueldades de la conquista que con tanta vehemencia denunció el padre Las Casas. El propio Bolívar en su famosa carta de Jamaica se refiere a «las barbaridades de los españoles» relatadas «por el filantrópico obispo de Chiapas». Y más adelante, en plena exaltación de Las Casas, propone que se de su nombre a la capital de la nación que uniría Nueva Granada y Venezuela bajo la denominación de Colombia. El enaltecimiento de la figura del dominico español fue general en este período. Así, por citar algunos ejemplos, el poeta ecuatoriano José Joaquín Olmedo, en su «Canto a la Victoria de Junín» hace decir al Inca Huaina Cápac que todos los españoles fueron feroces con nosotros, menos uno solo

el mártir del amor americano,  
de paz, de caridad apóstol santo,  
divino Casas, de otra patria digno.

Y el exdominico mexicano, don Servando de Mier Noriega y Guerra cierra su «Discurso preliminar» a la edición de *La Destrucción...* impresa en Filadelfia en 1821 con la siguiente alocución: «¡Americanos!, la estatua de este santo —se refiere a Las Casas— falta entre nosotros. Si sois libres, como yo no lo dudo, la primera estatua debe erigirse al primero y más antiguo defensor de la libertad de América... Yo le pondría esta o semejante inscripción; Para si amas la virtud,/pasajero: ésta es su imagen;/venera a Casas que fue/de nuestros indios el Padre».

El entusiasmo lascasista llegaba a tales extremos que en el Concilio Nacional convocado por Napoleón y al que asistió Mier Noriega, los obispos franceses se quejaron —sin duda como sospecha Menéndez Pidal, a propuesta de Mier— de que el padre Las Casas no hubiese sido elevado a los altares. Los ejemplos podrían multiplicarse, pero basten éstos a título de muestra.

Por otra parte el indigenismo trasciende el ámbito de la cultura y se plasma en un proyecto político y social de alcance continental de reivindicación económica de las desheredadas masas indias o mestizas. En ese sentido, como señalábamos al principio de este trabajo, Haya de la Torre pudo identificar el término Indoamérica con revolución social.

Aunque el concepto de Indoamérica venía incubándose con anterioridad, el vocablo cristaliza en los años veinte de este siglo. Su principal padrino fue el político e intelectual peruano, Víctor Raúl Haya de la Torre (n. en Trujillo en 1895, m. en Lima en 1979). A causa de sus ideas y de sus actividades políticas hubo de exilarse en México, donde fundó en 1924 la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) y donde expuso sus tesis indigenistas principalmente en su obra *¿A dónde va Indoamérica?* Según el propio Haya de la Torre fue en el Congreso Estudiantil Latinoamericano, celebrado en México en 1921, donde se consagró la Unión Continental Indoamericanista, como barrera frente a cualquier imperialismo.

Sin entrar ahora en el estudio de la evolución de la doctrina indigenista, que cae fuera de este trabajo, baste señalar, por lo que se refiere a la denominación Indoamérica, que fue un vocablo que tuvo poca aceptación, incluso en países, como México y Perú, donde existe una fuerte corriente indigenista.

Madariaga subraya que paradójicamente es una expresión de hispanismo. «¿Hay nada más hispano —se pregunta Madariaga— que llamar indios a los naturales de América? Nace del error de Colón y lo sostiene

España por tres siglos. De modo que llamarla Indoamérica es llamarla Hispanoamérica, por empeño en abrazarse con los ojos cerrados a los errores de los españoles».

## Hispanoamérica. Hispanidad

El término Hispanoamérica surgió, como anteriormente señalamos, en tierras americanas, acuñado por los criollos independentistas para diferenciarse de España. En cierto modo nació con una indudable carga antiespañola. Pero también, como antes vimos, este afán por distanciarse de España les llevó a abandonar este vocablo y a abrazar otro lanzado desde París por hispanoamericanos allí residentes y por franceses ebrios de latinidad y plenos de euforia con la expedición a México.

Las guerras de emancipación habían supuesto un enfrentamiento no sólo bélico, sino también de ideas entre España y sus dominios de ultramar. Por ello al afianzarse la independencia de los nuevos países no es de extrañar que intentasen romper la continuidad hispánica y tratasen de encontrar su propio estilo de vida en modelos no hispánicos como fueron los ideales de la Ilustración y de la Revolución Francesa.

Por lo que toca a España, como también se indicó, de una parte se resistió por mucho tiempo a admitir como irreversible la pérdida de sus posesiones de ultramar; y de otra sus problemas dinásticos y las guerras carlistas hicieron que se encerrase en sí misma y volviese la espalda a América.

Finalmente, a partir de 1868, los levantamientos de Cuba y Puerto Rico vinieron a agravar en toda América los sentimientos antiespañoles, tanto en el mundo oficial como en las clases populares y dirigentes.

La comunicación fluida y cordial entre España e Hispanoamérica quedó así rota y tardaría muchos años en restablecerse. A mediados de siglo aparecieron en España publicaciones periódicas como *La Revista Española de Ambos Mundos* (1853) *La América Crónica Hispanoamericana* (1855) y otras que propugnaban el mutuo conocimiento. Pero hay que esperar a la década de los ochenta para que se produzcan, a pesar de la perturbación que suponía la insurrección de Cuba y Puerto Rico, los primeros intentos eficaces de aproximación y de entendimiento entre España e Hispanoamérica. En el año 1880 se fundó la Sociedad Colombina Onubense. En 1881 se celebró el centenario de Andrés Bello y en Madrid el Congreso Internacional de Americanistas, que de nuevo volvería a reunirse el 92 en Huelva y el 95 en México. Fueron éstas ocasiones propicias para fomentar el diálogo entre intelectuales españoles y americanos. En 1885 se instituyó «La